

las leyes transmitidas por la tradición. Pero hoy me parecen insignificantes, porque sólo se ha apoderado de mi inteligencia y de mi corazón este mandamiento: «Amasa tu pan con el sudor de tu frente.»

Si se promulgara, resultaría á la postre que el clero se quedaría sin pan, porque ahora se lo come sin trabajar, y nadie tiene derecho á echarle en cara su haraganería. Pero entonces, cada uno le escupirá al rostro las verdades.

141. Cuando dejé aquí mi manuscrito, después de transcribir el artículo anterior (porque he empleado seis meses en copiar mi obra, á ratos perdidos), nos pidieron que prestásemos pan á la ciudad de Kransmoyarsk. Los habitantes de nuestros villorrios, verdaderos judíos, por acuerdo votado en junta

municipal, concedieron cincuenta *puds* de trigo del pósito del *mir* (1). ¿Por qué se ha dado tan poco? «Porque la yegua se ha comido todo el pan (2).»

Muchos felicitaron al que tomó la iniciativa de la proposición, pero muchos se enfadaron, diciendo: «¡Cincuenta *puds*, cincuenta *puds*! » ¡Pero si eso no hace más que veinte libras por cada casa! ¿Por qué no dar nada más que veinte libras? Para dar eso, más valiera no dar nada. Si queremos dar, es preciso conceder por lo menos dos ó tres

(1) Pósito municipal en que cada vecino debe ingresar el diezmo de sus cosechas, en beneficio de los indigentes. Véase acerca de esto *La religión en Rusia*, por A. Leroy-Beaulieu (*Revue des Deux Mondes*, 15 de Setiembre de 1888, pág. 423.)

(2) Proverbio ruso. Es uno de esos pretextos para no dar limosna.

*puds* por cada casa y hasta dos sacos de trigo.»

142. Ya lo veis; lo que yo predecía ha sucedido. No hay que vender el pan; pero en ciertos casos muy admisibles, hay que darlo gratis. Y se da, mientras que vosotros aún ocultáis el mandamiento acerca del trabajo del pan. Pero si se hiciese conocer á todos los hombres el primer mandamiento, sin disminuir su importancia, la ciudad incendiada de Krasnoyarsk recibiría entonces sólo de nuestro distrito de Manussinsk muchos miles de *puds* de pan, y cada municipio iría allá para distribuir por sí mismo los socorros necesarios. Lo mismo sucedería en todos los casos, porque nadie sabe lo que le acontecerá mañana, ni siquiera hoy.

143. Por el contrario, pide di-

nero. No te lo darán, primero, porque el campesino rara vez lo tiene; segundo, porque la voz del mandamiento antedicho invita al labrador á dar pan, más bien que otra cosa. Por otra parte, el dinero es una cosa muerta, si se le compara con el pan; no vale más que una piedra. Nadie hace regalos en dinero; cuanto más dinero se tiene, más aumenta el deseo de tenerlo. Reune todo el dinero y todos los tesoros del mundo, y dáselo todo á una sola persona: ¿será feliz y se extinguirá su codicia? ¡No! ¿Pues qué más querrá? ¿Por qué estará descontenta? Exclamará: «¡Que no pueda yo tener el mundo entero en mis manos! ¡Que no pueda oír á todos los hombres y abarcar de una sola mirada todo el universo! ¡Por cualquiera parte que me vuelva nada es mío!»

144. Y yo le respondería: «Para eso sería menester que vivieras mil años. Porque cualquiera que sea tu anchura y tu longitud, en tan breve espacio de tiempo no podrás nunca absorberlo todo. ¡Te ahogarías!»

Pero el pan es una cosa absolutamente opuesta al dinero; son dos enemigos, lo mismo que el labrador es enemigo del hombre ocioso.

145. Preténdese que en lo sucesivo se establecerán los impuestos con arreglo á la tierra, es decir, que se pagará una suma proporcional al número de áreas que se posean. ¿Por qué decís con arreglo á la tierra? Confesad francamente que los labradores serán los únicos que paguen impuestos. Ahí tienes una tierra que no está cultivada: vete á tomar de ella el dinero y el

pan que necesitas. «Según el fallo de quien me ha creado, te dirá, espero que vengan á trabajarme; si vienes para otra cosa, ¡largo de aquí, parásito!»

Permitidme que os pregunte por qué exigís impuestos á los que os alimentan con su pan, mientras que á quienes nunca se entregan al trabajo del pan no les tomáis ni un solo *kopek*. A lo menos, ¡si fuese libre la tierra! Pero el Estado nos la ha tomado para dársela á los *pomestchik*, y nos exigen diez veces más de lo que vale. Que prospere ó no el trigo, suelta dinero. ¿De dónde tomarlo?

Aunque se ha dicho en la ley «Presenta la mejilla á quien te pega», ante las injusticias tan manifiestas de que te haces reo para con nosotros, yo (y entiendo por yo

toda nuestra clase de los labradores, jóvenes y viejos, niños de teta, y, en general, todos los que sufren antes de nacer, puesto que sus madres trabajan según el mandamiento primitivo, mientras ellos se agitan en sus entrañas), yo te niego el derecho de hablar, de ergotizar acerca del pan y de la tierra que lo produce; conténtate con hablar de la piedra y de las tierras donde sólo nace el amargo ajeno.

Si tuvieses vivo deseo de trabajar y no pudieses por diversos motivos, serías perdonable; pero evitas el trabajo por holgazanería. En ese caso, ¿qué perdón quieres que se te conceda? Sé que no podrás responder á todas estas preguntas.

—Dices que emplearás la violencia para proporcionarte el alimento. Pero ¿podrás vivir, podrás

tragar un solo bocado de un pan que debas á tu fuerza? ¡No; no, ese bocado te ahogaría en cuerpo y alma, sin consideración al puesto que ocupes!

Rico, ten piedad de nosotros. ¡Cuántos miles de años hace que galopas sobre nuestro dorso, cual un caballo desenfrenado! Mira: hace ya mucho tiempo que has concluido de despojar al hueso de su carne.

El pan que comes es en realidad nuestro cuerpo; el vino que bebes es en realidad nuestra sangre.

146. En cuanto he comprendido el primer mandamiento, he aquí lo que he hecho, á pesar de mis sesenta y cinco años, de mi debilidad y de mi demacración: he labrado la tierra todo el año (1881). Sin ayuda de nadie, he rastrillado ocho yuga-

das de tierra en barbecho ; he conducido la primera bestia del arado; he labrado por segunda vez las mismas tierras; de día trabajaba en el campo, y de noche cuidaba de las caballerías. A pesar de eso, no experimentaba fatiga ninguna. En fin, he entrojado el trigo y el heno con mi hijo y mi nuera.

147. Ya ves el efecto que puede producir ese mandamiento. Gracias á él, el viejo se vuelve joven, el débil fuerte, el holgazán laborioso, el imbécil inteligente, el borracho temperante, el pobre rico. ¿Hubiera hecho todo eso, hubiera labrado tanta tierra, si no supiese que excavó el sitio donde has ocultado el mandamiento divino? Si se conociese su fuerza, nadie aguantaría todos esos ultrajes. ¿No se libraría el hombre de la indigencia y de la

horrible miseria que le oprimen?

148. Si Dios envía una abundante cosecha á las ocho yugadas de tierra que he labrado, tendremos con qué hartarnos mi familia y yo. Sabed además, hombres ociosos, que aún podría alimentar á treinta hombres con el producto de mi trabajo.

149. Si tuvieses vivo deseo de trabajar y no pudieses por buenas razones, serías perdonable ante el mundo y ante Dios. Pero no es más que por pereza, por lo que no trabajas; ¿es posible entonces estimarte? ¡Nunca, de ninguna manera! Antes, cualquiera superior me parecía un alto personaje, pero ahora es á mis ojos el último de los hombres; quisiera que se me quitase esa idea de la cabeza, pero no puedo, y á pesar mío reaparece.

Oigo muy á menudo decir que se quiere reconciliar á todos los hombres en una sola religión. ¿Es verdad eso? No lo sé. Pero si es exacto, declaro que en lugar de unirlos se les dividirá en tantas sectas como hoy, y resultará que vuestra acción será más bien nociva que útil. Era fácil asociar á los hombres en los tiempos antiguos, cuando aún era salvaje el pueblo: se le podía conducir con un hilo, sin temor de que lo rompiese. Pero en nuestros días, aunque los ates con triple cuerda no los arrastrarás, en primer término á causa de sus costumbres y después á causa de la altivez que les impide someterse unos á otros.

Funda, por el contrario, la religión en la única ley primitiva, sin añadir reglas postizas, y bien pron-

to quedará unido todo el universo. Es imposible obtener de otro modo la unión con que soñáis.

150. De la pobreza á la riqueza no hay más que un paso; y, á la inversa, la distancia es aún menor. Lo mismo sucede del general al soldado. El hombre no sabe dónde y cuándo se le torcerá el carro; en otros términos, el destino puede hacer que hoy posea un millón y mañana esté tan pobre como nosotros, que hoy sea general y mañana uno igual á nosotros.

151. He aquí, pues, la marcha que es preciso seguir.

Apresuraos por enseñar el primer mandamiento al niño, cualquiera que sea su familia. Tan pronto como haya crecido, enseñadle con el ejemplo el trabajo del pan. Desde entonces, si alguna vez vie-

ne á menos, no suspirará, sino que se precipitará con ardor al trabajo del pan.

—«Desde hace mucho tiempo—exclamará—quería ocuparme de este trabajo, pero no he tenido ánimo para resistirme á la fortuna; ahora doy gracias á Dios por haberme quitado esa pesada carga que me hacía caer en el pecado.»

Arremangándose los brazos y levantándose los faldones de la levita, cogerá la esteva del arado, que conocía ya de mucho antes, é irá cantando á trabajar.

152. Pero, ¿qué vemos ahora? Cuando la fortuna vuelve la espalda á un hombre y la necesidad le obliga á ganarse la vida con sus manos, se desalienta, y no sólo se deshonra él mismo, sino que además hace la desgracia de toda su raza

futura. ¿Quién tiene la culpa? Tú, que has escondido y aún escondes el mandamiento divino. No es á los súbditos á quienes hay que mandar á presidio, sino á nuestros gobernantes.—¿Por qué?—preguntarán.—Porque no debíais ocultar la ley de Dios. ¡Caiga la responsabilidad de este crimen sobre el clero y sobre los rabinos israelitas; pero no se acuse á la autoridad civil y militar, porque no es culpable de nada!

153. Ya lo véis ahora, lectores: todos vuestros libros no tienen valor ninguno, si con el mío se comparan. Vuestros elocuentes subterfugios son vacíos, junto á nuestro tan sencillo lenguaje. Todos vuestros trabajos preciosos, que os pagáis unos á otros tan generosamente, nada son junto á nuestro traba-

jo. Vuestros grandes méritos, nada junto al nuestro. Los tesoros que llenan vuestras casas no tienen precio ninguno, junto al pan que tenemos nosotros en los graneros. Toda vuestra gran inteligencia es débil, junto á nuestro corto ingenio. Vuestros millones no son más que horrible miseria, junto á nuestros escasos bienes.

154. Durante siglos enteros se ha hablado de ricos y pobres; pero nadie podía encontrar la diferencia que existe entre esas dos clases de hombres, porque uno posee un pequeño capital, otro un capital doble, el tercero un capital triple, etc., y cada uno señala con el dedo al otro, diciendo: «Con que yo soy rico, ¿eh? Zutano y Mengano: ahí tenéis los que pueden llamarse ricos.»

Precisamente de estos ricos fué

de quienes Jesucristo dijo: «Más fácil le sería á un camello pasar por el ojo de una aguja, que á un rico entrar en el reino de los cielos.» (San Marcos, x, 25.)

Pero yo he visto que hay entre el rico y el pobre la distancia que hay entre el cielo y la tierra, entre Oriente y Poniente. Entre nosotros y vosotros hay, como suele decirse, un inmenso abismo: ni nosotros podemos ir á vosotros, ni vosotros podéis venir á nosotros.

155. Si, por ejemplo, diese yo á un ricacho ó á un hombre instruído el siguiente consejo: «Ves que á tu lado no hay más que bajeza: vente á nuestro lado. No trabajes el pan, puesto que nunca lo hiciste; mas por el sólo hecho de que vengas á nosotros, te ahorrarás los insoportables cargos de tu conciencia.»—



«No puedo hacerlo—me respondería:—prefiero morir á reunirme con vosotros.»

156. ¿No sucederá lo mismo en el Juicio final, como nos lo afirma la Sagrada Escritura? Con su misericordia, os acogerá Dios; pero de vergüenza, os alejaréis vosotros de El. Sin embargo, ¿no se apartará Dios de vosotros porque habéis menospreciado el trabajo del pan que había prescrito, y porque al mismo tiempo halláis bajo vuestros pies al que cultiva el trigo?

157. Desde hace siete mil trescientos ochenta y dos años duraba para vosotros la fiesta, mientras que nosotros teníamos que trabajar. A partir de 1882, comenzará para nosotros la fiesta y para vosotros el trabajo si el mandamiento es comprendido por todos los labriegos.

¡Qué triunfo, qué alegría para nuestra clase inferior!

158. Si entonces tienes que permanecer algún tiempo en el campo, deberías pedir prestados por algunos días los ojos á un animal, porque con ojos humanos no podrías continuar allí. Tanto como nos elevemos nosotros, otro tanto se os rebajará.—Y no es que nadie os escupa injurias á la cara; se os dará de comer y beber, pero las acusaciones que oiréis por detrás vuestro os llegarán mucho más vivamente al alma que si delante de vosotros se formularan.

159. Si ganaseis vuestro pan bajando con vuestras manos y no con el dinero, vuestra fiesta aún sería más grandiosa. Ahora somos inferiores á vosotros. Entonces estaríamos aún más bajos; porque

nosotros trabajamos por fuerza, impelidos por la necesidad, mientras que vosotros trabajaríais por obedecer al primer mandamiento. Vuestro mérito sería mayor y más estimable.

160. Ahora ocupáis nuestro sitio en la mesa, á pesar nuestro; y permanecemos tan humildes ante vosotros, que vuestra conciencia sufre por ello como la nuestra. Pero entonces triunfará la verdadera justicia, la cual os perdonará y ya no nos herirá á nosotros. Ni ocuparéis siempre el sitio de honor, ni permaneceremos siempre al pie de la mesa.

161. Dícenme los zánganos: «Si hubieses encontrado el medio de ser rico y feliz sin trabajar, todo el mundo te daría las gracias. Pero invitándonos á un trabajo penoso, aburrido y humillante, ¿quién po-

drá tomar en consideración tus palabras? Quieres persuadir al gobierno de que la ley primitiva se funda en el trabajo del pan. Pero muchas gentes instruidísimas no ven en la ley sino una nube oscura. Además, ¿hay que atrafagarse tanto por el pan? ¿A qué conduce escribir sobre un asunto que no merece la pena? ¿A qué hablar siquiera de él, puesto que con quince ó veinte *kopeks* por *pud* se tiene pan?

En fin, si ese trabajo debiera conducirnos á la salvación, todas las personas instruidas, y más que nadie los miembros del clero, se apresurarían á efectuarlo. Pero lo desdennan y gustan más de la vida fácil; luego no hay en él nada que pueda salvarnos. Así, pues, la tesis que sostienes no es más que un cuento de *Las mil y una noches*.

162. El principal azote de nuestra clase, de los cultivadores, el que nos hace caer á despecho nuestro en la miseria, en la abyección y en otras desventuras análogas, se dirá que es el reparto de los bienes entre hermanos. Es imposible hablar en dos palabras de este mal. La causa de todo eso siempre es la misma: se ha ocultado al mundo la ley del trabajo. Si esta ley se divulgase, podrían vivir cien hombres juntos. El que mandase no tendría por qué ser orgulloso; y, lo mismo, el que obedeciese no tendría razón para darse por ofendido. Si en ese grupo muriere un padre ó una madre, sus hijos permanecerían en ese medio ambiente, lleno de cordialidad y de armonía, y el golpe parecería menos rudo al cónyuge sobreviviente. Los huérfanos encontra-

rían allí padres y madres, hermanas y hermanos, en una palabra, muchos protectores y defensores.

Por lo general, las mujeres son compasivas: cuidarían de los huérfanos con preferencia á sus propios hijos. En una palabra, esta ley trae consigo todas las virtudes y se opone á todos los vicios. No en vano dijo Dios al crear el mundo: «Sea la luz, puesto que es buena (1).» Habéis sustraído ese don de Dios á la vista de los hombres, y os decís en voz baja unos á otros: «Estos son unos imbéciles que nos alimentan bien y nos dan buenos vestidos por nada. ¡Les damos órdenes y nos obedecen!»

(1) Alusión á este pasaje del *Génesis*: «Hizo Dios el sol, puso las estrellas en la bóveda del cielo, para iluminar la tierra... Y vio Dios que aquello era bueno.»

163. Si un hombre habla de un crimen ante una sociedad numerosa, no designa á nadie como autor de él, porque no puede penetrar en las conciencias: habla del crimen desde el punto de vista legal, y no alude á ninguno personalmente. Pero si se explica la ley primitiva de «Con el sudor de tu frente amasa tu pan», no es posible callar el nombre del criminal, porque lleva sobre sí mismo, digámoslo así, la marca de Caín.

En efecto, desobedecer ese mandato es el más grande de los crímenes, y si fuese cometido por un hombre inferior pudiera no advertirse; pero como el mandamiento se dirige á todos los que se elevan más allá de las nubes, todo el mundo ve quiénes lo infringen.

Mejor hubiera hecho en alabar á

los hombres que en criticarlos, pero me es imposible. Ante la santidad del trabajo, ¿me convendría disfrazar mi pensamiento con torpes adulaciones?

164. Dios ha dado dos mandamientos á nuestros antepasados Adán y Eva. El primero: «Creced y multiplicaos». El segundo: «Con el sudor de tu frente, amasa tu pan.» Y ante todo, pregunto: ¿por qué ejecutas el primer mandamiento de Dios con un entusiasmo tan vivo y un apetito tan grande que hasta quieres multiplicar la raza de tu vecino? En seguida, pregunto: ¿por qué desdeñas el segundo mandamiento de Dios («Con el sudor de tu frente, amasa tu pan») y corres á esconderte en diversos rincones, diciéndote que dónde tomarás un buen obrero para que te haga tu pan?

—¿Por qué no tomas también un buen obrero para que te haga tus hijos?

—Eso es inadmisibile — responderás.

—Pues si eso es inadmisibile, entonces también es inadmisibile tratar de que otro te haga tu pan, excepto en ciertos casos dignos de loa. Dime, ¿por qué no desdeñas el primer mandamiento, tanto como desdeñas el segundo? Si nuestras mujeres oyeran vuestras palabras, os dirían: «Nosotras cumplimos nuestro mandamiento, parimos con dolor y algunas veces muriéndonos; y ¿por qué vosotros os libráis de ejecutar el mandamiento que os concierne? Dad á vuestros hijos el pan de vuestros trabajos (1).»

(1) Compárense estas reflexiones de Bondareff con las ideas expuestas por Tolstoy en

En resumen: nada podéis contestar á esto, y quedaréis como un pez en la arena.

el admirable capítulo *¡A las mujeres!* con que termina su libro *Lo que se debe hacer*, (pág. 272).

«Esa mujer, estéril por artificio y que seduce al hombre con la hermosura de sus hombros y de su cabellera, es la mujer pervertida por el hombre; la mujer que se ha rebajado hasta él, hasta el hombre pervertido; la que, como él, se aparta de la ley y pierde el sentido razonable de la vida, como él.

»De esta falta procede esa famosa necedad que se llama «el derecho de la mujer». He aquí la fórmula de esos derechos de las mujeres:

«—¡Ah!—dice la mujer:—¿conque tú, hombre, has quebrantado la ley de tu verdadero trabajo, y quieres que nosotras llevemos todo el peso de nuestro verdadero trabajo? Pues bien; ¡no! Puesto que así sucede, también podemos desempeñar nosotras, como tú, ese podemose desempeñar nosotras, como tú, ese sedicente trabajo tuyo en los bancos, ministerios, universidades y academias; también nosotras queremos, como tú, so pretexto de división del trabajo, usurpar el trabajo ajeno y vivir satisfaciendo nada más que nuestra coquetería.»

165. ¡Qué ciego eres, oh sabio! Miras con ojos de par en par abiertos, la Sagrada Escritura, pero no ves en ella el medio por el cual pudieras soltar la carga de tus pecados y de los del rebaño que Dios te ha confiado. No ves el camino que te conduciría directamente á la vida eterna. Tu ceguera se parece á la de los habitantes de Sodoma, que fueron atacados de *ceguera* cuando buscaban la puerta de Loth (1).

(1) Alusión al Génesis, xix, 10. «Y cercaron á ese hombre, Loth, con violencia, y acercáronse para derribar la puerta. Entonces esos hombres extendieron sus manos é hicieron penetrar á Loth con ellos en el interior, y luego cerraron la puerta. En cuanto á las gentes que estaban fuera, las hirieron de *ceguera*, á todos, chicos y grandes, y se fatigaron en vano por dar con la puerta.» Reuss prefiere «*ceguera*» á «*ceguera*». Por milagro, la puerta se había hecho invisible para ellos, y no la encontraban.

Pero estos últimos tuvieron su ceguera; al paso que tú, aunque ciego, crees ver clara y precisamente todo, y que lo conoces todo sin ayuda de ningún maestro, y que nadie tiene derecho á darte un consejo. Tu ceguera es análoga á la de Balaam, quien desde la burra sobre la cual iba encaramado no veía al ángel de Dios con la espada de fuego, mientras que la borrica le veía. Yo soy el pollino; tú eres Balaam, y me montas desde mi infancia.

166. Por todo lo precedente se ve, como en un espejo, que el hombre no aprende á leer para practicar el bien, sino el mal. No sin razón dice el proverbio: «Mejor se viviría si perdieran los ojos las personas instruidas (y también yo, Bondareff, con ellas), y si reventasen sus caballos.»

Yo no creía antes en los refranes; pero ahora veo que, por decirlo así, Dios mismo es quien se los ha dado al mundo.

167. El mundo se ha dividido en mil religiones, cuando no debiera haber más que una fe, como no hay más que un Dios.

El primer mandamiento («Con el sudor de tu frente, amasa tu pan») puede reunir en una sola todas las religiones. Cuando los hombres hayan comprendido todo su alcance, lo abrazarán contra su corazón; y dentro de un siglo, ó quizá menos, unirá á todo el mundo, de Oriente á Poniente, del Norte al Mediodía, en una sola fe, una sola iglesia y un solo amor. (Véase *Apéndices*, artículo xxxv.)

168. ¿Por qué miras á las gentes que evitan el trabajo, no sólo sin

benevolencia, sino hasta casi con odio?—me dicen muchas personas. Sientas lo que sintieres dentro de tu corazón, no por eso debes dejar de hablar con dulzura y benevolencia.

He aquí mi respuesta:

¿Dónde encontrar bastante paciencia é hipocresía, para hablar con benevolencia y dulzura? ¡Cuántos millones de seres hay en la actualidad, cuántos hubo desde el comienzo del mundo, cuántos habrá aún que han sido, son y serán lesionados todos ellos ignominiosamente por vosotros, los señores de este mundo! En estas condiciones, no digo un hombre, ni siquiera un ángel soportaría nunca tales ofensas, y al solo relato de nuestras miserias le rechinarían los dientes (1).» ¡Y yo, que no soy más que

(1) Expresión usada á menudo en la Biblia.

un hombre, las he aguantado tanto tiempo sin razón! Muchas veces quise hablar con dulzura; mas, en comenzando á escribir, me irrito hasta el punto de olvidar todas mis resoluciones. Por último, me he dicho á mí mismo que sólo una vez se muere. Por eso emprendí el buen camino, y tomé arranque á la carrera...

169. Me dirijo á vosotras, altas clases. No os ruego, no os pido, os exijo con firmeza que nos devolváis nuestro bien; es decir, que nos enseñéis la ley primitiva que Dios mismo nos dió á nosotros los labradores, al crear el cielo y la tierra. Nos lo habéis robado, por astucia ó por violencia, y lo habéis escondido en las profundidades de la tierra, como el esclavo perezoso del Evangelio, que sepultó su *talento* en un

agujero hondo. ¡Devolvédnoslo ahora sin tardanza, devolvédnoslo! No admitimos ya ninguna excusa.

Los que os han precedido tuvieron razón al guardar esta ley para ellos, puesto que no se la pidieron. ¡Importa tan poco á los extraños el bien ajeno!

Pero ahora, ¡devolvednos esa ley! O en otros términos, ¡explicádnosla!

170. Todos nos dais la misma excusa. Yo no soy culpable, dice uno; ni yo, dice otro; ni yo, dice el de más allá; y el *ni yo* no acaba nunca. ¿Quién será el que diga: *yo soy*? Si nos dirigimos á los jefes supremos del *Estado*, también dirán: «Yo no soy el culpable.» En una palabra, el universo, por decirlo así, se ha convertido en un círculo perfecto donde nadie está en la cir-



cunferencia y donde todo el mundo está en el centro. Interrogad á éste ó aquél, y todos os responden unánimes: *¡Yo no soy!*

Si se tratara de vanagloriarse, de enorgullecerse, de elevarse por encima de las nubes, de montarse en las espaldas de los pobres, todos exclamarían: «¡Yo! ¡Yo!» Pero se trata de tender la mano á los millones de seres humanos que perecen de miseria, decís en seguida: *¡Yo no! ¡Yo no!* ¿Quién de vosotros responderá á mi petición: *Yo, yo?* Si nuestro emperador Alejandro Nicolaiewitch nos ha librado de la servidumbre, me parece que eso ninguna relación tiene con el asunto que nos ocupa; eso es harina de otro costal.

171. No cabe ninguna duda de que es preciso persuadir á las gen-

tes con buenos consejos y otras diversas advertencias, pero nunca forzarlas. Imprimir estos consejos en las cartillas de lectura y en los devocionarios, encargar al clero de todas las naciones y de todas las sectas religiosas (por la persuasión y no por la fuerza) que prediquen sin cesar esta doctrina y que recuerden siempre á sus fieles las cualidades que ante Dios y los hombres distinguen á quien cumple con cuidado la primitiva ley de Dios y los defectos que, por el contrario, caracterizan á quien vergonzosamente deja de cumplir este mandamiento. Tales son, á mi parecer, los medios de obligar á los hombres á que trabajen, sin recurrir á la violencia.

Pero fuera del gobierno, ¿quién tiene fuerza para hacer lo que acabo de decir? ¡Nadie!

172. Si todos estos consejos se insertasen en los periódicos diarios ó mensuales, y en otras publicaciones, bajo diferentes formas, ya podía esperarse tantos miles de años como días tiene un siglo; no resultaría ningún provecho. (Véase *Apéndices*, art. xxxvi.)

173. Implora, alma mía (y por «mi alma» entiendo las almas de todos los labradores), implora al gobierno todo lo que quieras, derrama tantas lágrimas como tengas, multiplica tus gemidos tanto como puedas, dobla las rodillas ante él tanto como gustes; á nadie le conmoverán tus súplicas, á nadie le enternecerán tus lágrimas. Estoy seguro de ello, ahora que han salido vanos mis dos memoriales. ¡Si, á lo menos, me hubieran respondido *Sí* ó *No*, hubiese quedado con-

tento! Pero ¡nada, no han dicho nada (1)!

¡Ah, Padre Eterno, dignate desde lo alto de los cielos dirigir tus miradas á la tierra!

Atended. ¡No hay sino un hombre que con una sola de sus palabras puede oprimir á millones de hombres!... (2).

(1) Compárense estas reflexiones de Bondareff con las del célebre sectario Sutayef: «¡Si supiese el Tzar—dice Sutayef—como la turba de sus iguales! Un día parte á San Petersburgo; quiere *advertir al Tzar*. ¡Trabajo perdido! No le dejan acercarse. El infortunado reformador se ve obligado á regresar á su aldea, acusándose de haber pecado por falta de perseverancia.» A. Leroy Beaulieu, *Revue des Deus-Mondes*, 15 Setiembre, 1888.

(2) Alusión probable al *Tzar* de Rusia.